



**Palabras del Dr. Cipriano Sánchez García, L.C., Rector de la
Universidad Anáhuac México, en la entrega de la
Medalla en Anáhuac en Humanidades 2019**

18 de junio de 2019

Universidad Anáhuac México Campus Norte

Excelentísimo señor embajador de Israel en México, Jonathan Peled, y señor presidente del Comité Central de la Comunidad Judía en México, licenciado Moisés Romano, gracias por estar aquí.

Quiero también hacer una mención muy especial al señor presidente municipal de Huixquilucan, Enrique Vargas, gracias por acompañarnos.

Distinguidos miembros del presídium, invitados especiales, señoras y señores, amigos todos.

*Bereshit bará Elohim et hashamáyim ve'et ha'árets. Veha'árets
hayetáh tohú vavohú, vejóshej al-peney tehom, verúaj Elohim*

merajéfet al-peney hamáyim. Vayomer Elohim: yehí-or, vayehí-or.

[En el principio Dios creó el cielo y la tierra. Y la tierra estaba sin orden y vacía, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo, y el espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas. Entonces dijo Dios: Sea la luz, y hubo luz.]

Estos primeros versos de nuestra común tradición religiosa no pueden ser más que el mejor marco para lo que hoy nos reúne. Toda realidad tiene un principio, un principio que no somos nosotros quienes lo establecemos, sino que es Dios quien lo determina. Él es el que crea la realidad en la que todos nosotros vivimos. Sin embargo, como en la Biblia, como en el Génesis, esta realidad se nos presenta ante nuestros ojos sin orden y vacía, con tinieblas que todo lo cubren. Parecería que este es un retrato del mundo que nos rodea, un mundo en el que el desorden parece imperar, un mundo en el que el vacío parece ser el destino de los seres humanos; como también dice el Salmo 49: “La muerte será su pastor”.

Vivimos en una cultura que parece haber perdido el sentido de las cosas que hace, el valor de la vida de las personas, la profundidad del bien y el abismo sin fondo que constituye el mal. Pero no todo es caos porque, como dice el texto sagrado, el espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas. Dios no nos deja solos, su espíritu, Yahveh, nos acompaña para que podamos estar firmes cuando todo lo que nos rodea es incierto como el mar, como las aguas. En medio de todo este desconcierto se nos da la clave para poder caminar hacia el futuro, para romper las cadenas de oscuridad que a

veces parecen dominar el mundo. *Vayomer Elohim: yehí-or*, Dios habla: hágase la luz.

La palabra de Dios es el gran regalo con el que el mundo puede romper la oscuridad, y esto es como un gran signo para nosotros en este día, es la palabra, la palabra de quienes somos su imagen y su semejanza, de quienes hemos recibido el espíritu de Dios para ya no ser más tierra muerta como el primer hombre, sino personas vivas. Es la palabra la que nos hace humanos, por eso celebramos hoy uno de los más grandes dones que hemos recibido y que nos permite transformar la creación desordenada y vacía en una realidad luminosa. Hoy, en esta Universidad Anáhuac México, celebramos el diálogo como la herramienta humana para crear sociedades de paz, para crear comunidades de personas, para superar las desconfianzas y para unirnos en la consecución del bien. Por ello hoy queremos distinguir con la medalla de la Universidad Anáhuac en Humanidades a dos instituciones que han hecho posible este diálogo entre la comunidad judía y México, entre la comunidad judía y nuestra Universidad, me refiero a la Embajada de Israel en México y al Comité Central de la Comunidad Judía en México.

La medalla Anáhuac en Humanidades es una presea que nuestra Universidad ofrece a líderes, personas o instituciones que poseen altas cualidades dignas de encomio y de imitación. Hemos decidido honrar con la medalla Anáhuac en Humanidades 2019 a la Embajada de Israel en México, en la persona de su titular, el excelentísimo embajador Jonathan Peled, debido a que, a lo largo de estos cuatro años, desde que entramos juntos, él a la

embajada y su servidor a la rectoría, hemos encontrado un gran eco en nuestras iniciativas e inquietudes, así como una decidida voluntad de facilitar y secundar las iniciativas institucionales que involucran tanto a la comunidad judía de México como al Estado de Israel.

La Embajada de Israel en México ha aceptado este reconocimiento, lo cual agradecemos mucho, porque nos da la oportunidad de recordar también a cada uno de los distinguidos embajadores que han manifestado su amistad, su cercanía significativa, su apoyo generoso a diversas iniciativas de nuestra Universidad. Por eso hoy quiero agradecer especialmente tu presencia embajador entre nosotros para recibir este reconocimiento.

Esta relación con la embajada de Israel, nos ha permitido experiencias muy valiosas, como el viaje que tuvimos la ocasión de hacer el año pasado al Estado de Israel para visitar instituciones académicas y empresariales de gran prestigio. La cercanía en la colaboración tanto del Comité Central de la Comunidad Judía de México como de la Embajada de Israel en nuestro país, representó un apoyo invaluable en la formalización de nuevas alianzas y proyectos conjuntos. Del mismo modo, consideramos al Comité Central de la Comunidad Judía en México como un aliado, un consejero, un motivador, un orientador, un amigo y un hermano. Recordamos con enorme cariño a sus expresidentes, así como a los funcionarios actuales, y con todos ellos mantenemos una buena amistad.

El Comité Central recibe esta Medalla en Humanidades para rubricar la rica relación que tenemos y como prenda de la voluntad decidida de nuestra Universidad de seguir sirviendo a la comunidad judía de México, como lo hemos hecho hasta ahora. De modo especial, quiero hacer referencia al gran trabajo y amistad que me honro en tener con Moisés Romano, su actual presidente.

Como decía el Papa Juan Pablo II, la Iglesia, que comparte con el judaísmo una parte importante de las sagradas escrituras, considera al pueblo de la alianza y su fe como una raíz sagrada de la propia identidad cristiana. Los cristianos no podemos considerar al judaísmo como una religión ajena. Creemos, junto con ellos, en el único Dios que actúa en la historia y acogemos con ellos la común palabra revelada. El diálogo y la amistad con los hijos de Israel son parte de la vida de los discípulos de Jesús. El afecto que sea ha desarrollado nos lleva a lamentar sincera y amargamente las terribles persecuciones de las que fueron, y son objeto, particularmente aquellas que involucran o involucraron a cristianos.

Es cierto que en nuestra historia común ha habido momentos, como decía la palabra de Dios, de oscuridad y vacío. El recuerdo de la Shoá nos debe poner siempre ante los ojos lo que es el ser humano cuando se aleja del espíritu que Dios le ha dado y hace del hermano objeto de desprecio en vez de respeto y veneración.

Hoy le damos gracias a Dios por tener el diálogo que nos une, por poder hacer de la Universidad Anáhuac el ámbito propicio para abrigar una conciencia profunda sobre el deber de resistir a la violencia, de ser críticos ante los poderes que pisotean la dignidad humana, de ser aliados de los marginados y los perseguidos de nuestro tiempo, contemplando nuestro pasado con solidaridad y sabiduría.

La realidad del diálogo que, gracias a ambas instituciones, hemos tenido nos permite decir que la Universidad Anáhuac es su casa, la casa de nuestros hermanos de la comunidad judía en México. Pienso en general en todos los ambientes de nuestra institución. Gracias al compromiso, la apertura y la disposición fraterna, la Universidad ha sido un espacio en el que se ha desarrollado una ejemplar convivencia y colaboración entre judíos y cristianos. Me refiero a los alumnos, a los egresados, a los maestros, a los colaboradores en una comunidad universitaria dinámica que quiere ser siempre ejemplo de convivencia, de mutuo aprecio y de trabajo conjunto.

La comunidad judía ha sido, y es, una parte esencial de la familia Anáhuac. Y la ceremonia de hoy quiere dar testimonio público de esto. En la Anáhuac siempre encontrarán respeto, amistad y la preparación profesional que les permita ser en nuestra sociedad lo que nosotros llamamos “líderes de acción positiva”, es decir, hombres y mujeres con la capacidad de influir e inspirar para el bien, para la construcción de la paz, para la humanización de los diversos ámbitos del quehacer humano. Todos los que estamos aquí reunidos podemos no sólo respetarnos sino también desarrollarnos en

genuino y mutuo aprecio. Aún más, podemos desarrollar una capacidad de colaboración y de encuentro interpersonal que es testimonio profético, es decir, testimonio valiente, iluminado y sabio para un mundo que prefiere encerrarse detrás de muros que dividen, en lugar de crear puentes que comunican.

En la Universidad hemos tenido la gran fortuna y el don de ser un espacio de encuentro y diálogo fraterno. En efecto, la Universidad Anáhuac se ha consolidado como una opción formativa para la comunidad judía en México. Nuestra identidad católica no sólo no es un obstáculo para esta relación viva y fructífera, al contrario, es la garantía de una gran relación franca y abierta para el mutuo enriquecimiento que permite descubrir en el otro un motivo de aprecio más allá de las mutuas diferencias.

Sea la entrega de esta medalla un signo de voluntad dispuesta y de la mano fraterna que tendemos tanto al Estado de Israel como a la comunidad judía en México. Nuestro deseo sincero es que este gesto simbólico ratifique el rico pasado que nos une y que nos proyecte a un futuro de nuevos proyectos y realizaciones en la senda a que nos invita nuestro lema: *Vince in bono malum*, “Vence al mal con el bien”.

Muchas gracias.

--ooOoo--